

**Entrevista a Ana María Fernández.
Revista *La Nave*¹**

*La siguiente es la primera parte de la extensa entrevista que le concedió a **La Nave** Ana María Fernández, titular de Teoría y Técnica de Grupos de la Facultad de Psicología de la U.B.A., y miembro destacadísimo del movimiento grupalista Argentino. Autora de varios libros, trabajadora incansable; sintetiza de manera lúcida el proceso de desmanicomialización desde los principios de la modernidad hasta nuestros días.*

L.N.: -Para entender la desmanicomialización es necesario, descifrar antes los procesos de manicomialización en el campo de la Cultura, de las Instituciones; ¿cuáles son sus orígenes?

-Sin duda un modo particular de encierro, en el que uno de los ejemplos podría ser el manicomio, como así también la prisión; fue característica de los principios de la modernidad. Anteriormente, los locos eran tomados de una manera muy distinta. Hay un libro bellísimo de Foucault que se llama **Historia de la locura**, donde cuenta que en la época clásica en realidad a los locos no se los encerraba sino que navegaban en “*la nave de los locos*” por los ríos de Renania; cuando llegaban a un pueblo en esa barca, los pobladores les daban provisiones para luego proseguir con su itinerario. Es decir, que si bien no estaban integrados, tampoco estaban encerrados. La pregunta es, ¿por qué la modernidad necesita encerrar a la locura?; en este sentido Foucault responde que la causa hay que buscarla en la necesidad de que la Razón reine, en la necesidad de la Razón de volverse “hegemónica”, excluyendo a la sinrazón. Otro autor que ha trabajado estas cuestiones es Robert Castel, en un libro titulado **El orden psiquiátrico. La edad de oro del alienismo**; va a plantear en la misma línea de Foucault, que cuando surge la Revolución Francesa se le da a la locura un tratamiento muy privilegiado, que no se correspondía con la cantidad de locos que había por allí, encerrados en instituciones; mezclados con mendigos, junto a criminales y otros. Castel piensa que toman como prioridad la separación de los locos de otros encerrados porque necesitaban dar una garantía del Régimen, un modo de garantizar que las instituciones de la Libertad iban a funcionar, era establecer un nuevo modo de encierro de aquellos individuos que en esa sociedad eran acontractuales; por eso se reestructuran las cárceles y las prisiones. En ese sentido, es que podemos decir que con la modernidad, las instituciones de encierro garantizan las instituciones de la libertad. A partir de esto hay una nueva organización, tanto de la institución manicomial como de las disciplinas que allí surgen. Comienza allí una psiquiatría clasificatoria; se establecen los grandes cuadros de las enfermedades mentales. Un poco antes de esto Pinel ha liberado los locos de las cadenas. Podríamos pensar que lo que pasa es que se humanizan la prisión y el manicomio. En verdad, más que un proceso de humanización, lo que surge es un nuevo orden de Racionalidad de esas instituciones. Es necesario que la locura tenga ahora un tratamiento médico, surgiendo de esta manera la Psiquiatría.

La transformación de las prisiones con el surgimiento de la modernidad, fue estudiada por M. Foucault en **Vigilar y castigar**. Es el pasaje de las técnicas de tormento y ajusticiamiento público como formas de castigar los delitos a un régimen disciplinario cuyo objetivo sería “re-educar” al condenado.

Para pensar en la manicomialización hay que pensar si aquellas razones que en los principios de la modernidad dieron lugar a esas formas de institución desaparecieron. Si desaparecieron, en qué momento, por qué y cómo. Los procesos de desmanicomialización que tuvieron su origen en el movimiento de Basaglia, en Italia, en los '60 y '70, estuvieron ligados a otros movimientos como la

¹Publicada en Revista *La Nave*, Nº 1 y 2, Bs.As., 1995.-

Antipsiquiatría de Cooper y Laing, el movimiento Plataforma en la Argentina que luego tuvo alguna extensión internacional. Es decir que aparece, hacia los '60 y '70 un proceso muy fuerte de crítica hacia las instituciones. Se critica la Familia, la Escuela, el Manicomio, la Cárcel; hay un movimiento muy fuerte en Francia a mediados de los '70, del que participa Foucault, con todo un contenido de denuncia crítica de las condiciones de vida en las prisiones. Es decir, en el marco de un proceso de crítica a las instituciones, aparece la crítica al Manicomio y la necesidad de encontrar otros modos alternativos de tratamiento de la locura.

L.N.: -Foucault también dice que la idea de curación y exclusión estaban unidas. De alguna manera; ésto, ¿sigue teniendo vigencia en la actualidad?

-Creo que sigue en las prácticas. Si bien hay países, incluso en nuestra provincia de Río Negro, en donde hay una fuerte revisión de la relación entre locura y encierro; en las prácticas se sigue realizando ésto. Hoy todavía es bastante impensable -aún en nuestro país con tanto desarrollo del Psicoanálisis- la idea de alguien en un brote psicótico que no haya que encerrarlo; quizás, en vez de en un gran manicomio con todo el horror que eso significa; se encierra, si se dispone de dinero, en una clínica privada, con tratamientos realizados por psicoanalistas, donde se tratará de no hacer electroshock, pero donde aún se utilizan chalecos de fuerza y/o químicos. Entonces, salvo este proceso fuerte en Italia, donde se cerraron los manicomios, y en Francia con la Psiquiatría de sector de fundamentación lacaniana que también fue muy interesante, hay en los '90, a treinta años de estos procesos lo que vemos es que la asociación de locura y encierro, todavía no está liquidada absolutamente.

En la desmanicomialización, por ejemplo, una de las cosas que se vieron fue que si bien el proyecto era excelente, al primer inicio de crisis económica, los pacientes psiquiátricos que habían sido desinternados y estaban trabajando en algunas empresas o microemprendimientos, eran los primeros despedidos, porque son los que trabajan más lentamente, sin tener, tal vez, la eficiencia de un obrero calificado. También se encontró que las familias no querían hacerse cargo de esos locos externados, y ésto en muchos casos, produjo la proliferación de muchas empresas privadas para seguir encerrando con mayor "confort".

Esto suele tomarse como las críticas que invalidarían el proyecto de desmanicomialización, yo lo tomo como observaciones concretas de dificultades en esta cuestión, pero no me parece que invaliden esos proyectos. Sólo hacen concreta una advertencia, que algunos como Mimi Langer plantearon en su momento, que es muy difícil cerrar los manicomios y darle un tratamiento digno a los enfermos mentales si la sociedad no tiene otras transformaciones de fondo, porque en la lógica del Mercado del neocapitalismo, estas personas que han padecido enfermedades mentales siempre son vistas como deficitarias. Cuando alguna "discapacidad" les queda, en la lógica de la competencia de mercado se transforma en incapacidad y nueva marginación. En un sistema que lleva la lógica y la práctica de la exclusión a sus niveles más feroces, estas personas forman parte de los sectores más expuestos al desamparo. Sin duda, lo que me parece que hay que tomar, es el sentido más profundo de la desmanicomialización más allá de las dificultades de implementarla; el movimiento basaglista, en primer lugar quebró la legitimidad del orden manicomial. Por otra parte, contribuyó a otro modo de abordaje de la locura.

Hoy se despliegan enfoques alternativos al abordaje médico-psiquiátrico o psicoanalítico clásico.

Una de las cosas que me parece más importante destacar, es no hacer sinónimos enfermedad mental" de "locura". Porque cuando la locura da lugar a la poesía, no hay por qué encerrarla. Hay una relación entre Arte y Locura, que no tienen por qué circular en el circuito de la patología. Y de última, si seguimos encerrando a los enfermos mentales es porque nuestros instrumentos profesionales aún no han encontrado un abordaje verdaderamente eficiente. Tal vez sea porque la locura no puede ser

pensada desde una sola profesión. Quizás no sea del área de la medicina o del psicoanálisis, tal vez haya que articular aportes de diferentes disciplinas y al mismo tiempo juntar aportes disciplinarios con resortes comunitarios, estéticos, etc. Hay que reconocer que como psicoanalistas tenemos pocos instrumentos para trabajar con la enfermedad mental. Lacan dijo algo muy fuerte y muy cierto : “*no retroceder ante las psicosis*”. Con esto estaba dando cuenta de que muchos querían retroceder. Esta consigna de lucha, de no retroceder frente a las psicosis, habla de la debilidad de nuestros instrumentos para esa especie de terremoto que es para la subjetividad, la enfermedad mental.

L.N. : -¿Hay alguna debilidad en el Psicoanálisis de herramientas para dirigir la cura en las psicosis, o no hubo una suficiente investigación en ese terreno ?

-Yo creo que la ha habido. Sobre todo, la reformulación lacaniana ha sido un importante avance en relación a ésto. Lo que pasa, es que a veces, cuando estás trabajando con enfermos mentales muy graves, tenés la sensación que el instrumento que tenés es una lucecita de bengala y la enfermedad mental te tira un exocet. Es muy despareja la lucha, porque es muy fuerte el derrumbe, sobre todo porque esta sociedad no tiene redes para los enfermos mentales. Los profesionales y las familias se asustan ante las psicosis, todavía sigue siendo rápido el recurso al encierro, al chaleco químico. Se hace lo que se puede, pero sin duda, en el terreno de las patologías mentales falta aún mucho camino por recorrer. En este momento se están haciendo muchos avances en el conocimiento del cerebro; los psicoanalistas tendremos que aprender a deponer prejuicios y empezar a pensar la enfermedad mental en su complejidad.

Mientras no haya instrumentos profesionales multidisciplinarios, ni redes comunitarias que disminuyan el miedo a la locura, los manicomios van a seguir estando.

II PARTE

L. N. : -Vos hablas te de Plataforma. Su fundación, qué incidencias tuvo en todo este proceso?

-Fue un proceso muy interesante, que surgió en los '70. Se dio hacia en interior de la Asociación Psicoanalítica Argentina, miembro de la IPA ; fue encabezada por jóvenes psicoanalistas de entonces como Bauleo, Pavlovsky, Kesselmann. Hunto a plataforma se formaron otros grupos al interior de la Asociación Psicoanalítica, como Documento, en donde participaron Ulloa, Marcos Bernard y otros, fueron movimientos efimeros y en ese sentido verdaderos acontecimientos, que desdeñaron la idea de institucionalizarse a su vez. Esto es muy interesante. También estuvo allí una maestra de todos ellos, que fue Mimí Langer, esa austríaca genial que de joven había participado de la Revolución Española, de la asisresistencia en la Segunda Guerra y que hacia el final de su vida organizó la Salud Mental de la Nicaragua Sandinista.

Cuál era el modo en que Plataforma criticaba a la institución Psicoanalítica Internacional en el ejercicio del Psicoanálisis y/o en el Pensamiento psicoanalítico? Por un lado se criticaba cierta lejanía, cierta extranjería entre los psicoanalistas y su formación y los problemas sociales, que eran muchos. Hay que ubicarse en la época> todo estaba atravesado por aires libertarios, por anhelos revolucionarios, por prácticas políticas. Por eso, esa formación casi de capilla en que ejercían y se formaban los psicoanalistas desde los años '40, les resultaba muy estrecha a estos jóvenes psicoanalistas con inquietudes sociales y con militancia política. Eran épocas en las que se pretendía articular Psicoanálisis con Marxismo.

Plataforma y Documento no estuvieron solos en ese movimiento, porque junto a esto que acontecía, también surgía otra novedad ; es que desde 1957-58 se abren las primeras carreras de

Psicología (La Plata, Rosario y Buenos Aires). En los '60 empiezan a egresar los primeros psicólogos y psicólogas -en realidad más psicólogas-. Donde estos chicos/as que llegaban a los hospitales tenían que inventar una profesión. Sus maestros eran los psicoanalistas de la APA.

Yo, fui de las primeras -éramos todas chicas- que llegamos a una sala de crónicos del Hospital Melchor Romero, un neuropsiquiátrico de las cercanías de La Plata. Nos mandaron a una sala de mujeres, que estaban internadas desde hacía 30 ó 40 años. Y nosotras no sabíamos qué se podía hacer, si tomar un test, hacer una entrevista? no teníamos ni idea. Comenzamos así a hacer lo que se nos ocurría, pero sin ninguna idea de nada; sí con una buena información teórica en Psicoanálisis. Era una profesión que recién daba sus primeros pasos. Me acuerdo que hicimos cosas muy interesantes. Por ejemplo hicimos un taller de pintura, fue algo fantástico, porque veíamos la recuperación de pacientes sumamente crónicos. Ibamos “las chicas de psicología” como nos decían, con una profesora de dibujo y se armaban cosas, las “locas” cantaban. Nosotras no sabíamos lo que acontecía, llevábamos el diario, porque lo leíamos en el ómnibus, entonces ellas empezaron a leerlo y a tener noticias del mundo. Mejoraban su orientación temporal, de esta manera se iba improvisando una profesión que después fue masiva y por ésto también la APA resultó ser restrictiva, ya que sólo podían ser psicoanalistas los que salían de allí, y estos jóvenes iban ganando terreno y pericia de acción por fuera de esta asociación. Al mismo tiempo los jóvenes “psi” que en los '60 habían comenzado a leer a Lacan con Masotta, como lugar de formación. Por supuesto que esta característica institucional estaba vinculada a los avatares -y posterior ruptura- de Lacan con la IPA.

Distintos factores contribuyeron para producir un “estallido” de la APA como único lugar de formación en Psicoanálisis. Así vemos que son varios los acontecimientos que se entrelazan para producir ésto.

Otro hecho que sucedía era que a las siete y media de la mañana venía el psiquiatra y les aplicaba electroshock una por una, poniéndolas en fila. Sin anestecia ni nada. Entonces, una de nosotras, Liliana Guido, que ahora es docente en la Universidad de La Plata, vivía muy cerca del Romero, llegaba a las 7 y cortaba la luz en la sala. Como el psiquiatra iba media hora y se retiraba, por consecuencia no podía haber electroshock ese día. Sólo lo había cuando Liliana tenía gripe. Estas eran algunas de las “formas de lucha” contra el manicomio...

L.N. : -Sin embargo, esos talleres creados por ustedes como una forma de enfrentar a lo desconocido, siguen teniendo vigencia en la actualidad.

-Luego se descubrió que eran formas válidas. Y volviendo al tema de Plataforma, uno de sus legados más fuerte fue ese anhelo de psicoanalistas progresistas de relacionar su formación psicoanalítica con la realidad social. Y uno de los efectos que dejó, aunque tal vez ellos no lo buscaban, es que ya nunca más el único lugar de formación sería la APA. Incluso en los '80, cuando comenzó a institucionalizarse la línea lacaniana, si bien algunos entraron a la APA, no se les ocurría que si no entraban no eran psicoanalistas. Nosotros hasta allí no nos decíamos psicoanalistas, no nos parecía que debíamos, porque en los '60 y los '70 sólo eran psicoanalistas los que pasaban por la APA. Yo hay me digo con todo derecho psicoanalista. EN aquella época hacíamos psicoanálisis, pero bajo cuerda. Pero no sólo porque no había ley que lo permitiera, sino porque no nos autorizábamos.

Son toda una cantidad de cuestiones que estuvieron alrededor de Plataforma y vos fijate, que aquellos jóvenes que la fundaron, en general son colegas con preocupaciones “sociales” y políticas que mantienen intereses fuertes en relacionar las prácticas profesionales con la salud mental de la población, con la producción social de subjetividad, con problemas estéticos, con cuestiones éticas.

O sea, que si bien hoy no tendría sentido reeditar Plataforma, porque además cualquier interés de pensar en la actualidad la relación de lo Social y lo Mental pasaría por otros carriles teóricos o por otros referentes, las prácticas profesionales preocupados hoy por la Salud Mental más allá de los consultorios privados, también tienen otras formas. La nostalgia de los '70 no sirve. Sin embargo,

dejaron preocupaciones éticas, líneas de conducta en relación al ejercicio de la profesión, que hoy en otras formas, continúan desplegándose.

L.N. : Vos hablaste mucho de la década del '70. Y en ese período tenemos esa tragedia, ese drama que fue la dictadura militar. ¿Cómo trabajaron ustedes en esa época?

-Eso fue muy duro. Por un lado hubo gente que se exilió, gente que desapareció y gente que se insilió. Yo soy de esa última categoría. Es decir que no evalué la necesidad de irme. Creo que fue un error, pero bueno, me salió bien de casualidad. Nos retiramos del espacio público por una cuestión de seguridad y seguimos trabajando como pudimos en los consultorios, a veces de modos muy clandestinos, otros abandonaron la profesión y tuvieron que trabajar de otra cosa. Los caminos fueron muy diversos. En esas épocas se oscurece ese polo del debate de la relación del Psicoanálisis y los problemas sociales. Empieza a desarrollarse mucho más la corriente lacaniana. Un poco antes de que termine la dictadura comienza el retorno de los exiliados. Fue muy interesante, por un lado, por la alegría de los reencuentros, por la alegría no sólo sentimental, sino también política, y el intento por reestablecer líneas de preocupación teórica que habían quedado censuradas o autocensuradas. De todos modos, ese reencuentro no fue sencillo. Hubo grandes discusiones. Hay un debate que no se hizo, porque creo que no hubo condiciones históricas para desplegarlo y es una deuda que tenemos con la sociedad los de aquella generación. Es sobre el por qué de la violencia política de aquellos años. Creo que mientras este debate no se dé, van a quedar puntos oscuros en esa situación. Buscar el por qué se pensó en esa época, que podía ser viable algo que hoy a ojos vista era absolutamente inviable. Este debate no se dio. Algunos en disculpa dicen que tampoco se dio en otros países. Pero a mí me parece que es una deuda que todavía tenemos con la sociedad.

Como te decía, en ese reencuentro que fu bastante complicado, había en muchos de los que se fueron al exilio un enorme resentimiento político con los que nos habíamos quedado, pensando que todo el que se quedó había sido colaboracionista, y muchos de los que se exiliaron habían abandonado el barco cuando se hundía y que no habían sido leales, con los compañeros desaparecidos o muertos. A mí me pareció una locura los dos argumentos. Pero son debates que hablan de dificultad de reencontrar caminos en la democracia y en la participación.

En ese sentido, algunos de nosotros hicimos una experiencia muy interesante. Me acuerdo que cuando volvió Tato Pavlovsky, aproximadamente por el '82, armamos un grupo junto a él, Kesselmann creo que no había vuelto todavía, y con Luis Frydlewsky que luego murió. Explorábamos técnicas de multiplicación dramática por ellos inventadas. Pero, en las dramatizaciones era esto lo que aparecía y esto nos permitió volver a hermanar muchas cosas, que estos prejuicios ponían en tensión.

Fue una experiencia intensa, dolorosa pero reparadora, que dio lugar a que se desplegaran ambos tipos de dolor y permitió elaborar estas cuestiones en un marco colectivo, ya que éramos unos 20 ó 30 y en un marco también de dispositivo psicológico grupal, psicodramático, por lo cual era un dispositivo que daba seguridad psicológica para la elaboración. Mientras que otros que se las tuvieron que arreglar en otras formas, les fue más difícil.

Vos fijate que cuando sale en el diario sobre gente que estuvo en la ESMA y que está vivo, inmediatamente un argumento de la prensa amarilla que surge es por qué está vivo, como si fueran culpables de eso, como si algo hubieran traicionado, siempre está la sospecha. Cuando lo hace la Derecha es con una intención política clara. El problema es cuando esa sospecha se despliega como un fantasma entre hermanos, entre amigos, entre compañeros. Son saldos que las dictaduras dejan.

L.N.: -En esa época de represión y muerte; la técnica de multiplicación dramática, ¿podía ser aplicada?

-Durante la dictadura estaba prohibido trabajar con grupos. Dentro de las técnicas grupales, el psicodrama era muy sospechoso. Yo trabajaba en La Plata, porque vine a Buenos Aires en el '74, cuando la represión allá se había puesto muy dura, en un servicio de la Universidad que eran consultorios externos para estudiantes, y trabajábamos en grupos con psicodrama psicoanalítico, y bueno, todo ese equipo fue declarado prescindible. Esto significaba que no podías estar en ningún cargo de hospital Público. No podías trabajar en el Estado por 10 años, uno de los argumentos era que trabajábamos en grupo, que llevábamos almohadones, y por consecuencia éramos comunistas porque agrupábamos a la gente y además promiscuos porque quién sabe qué hacíamos ahí. Teníamos muchas sesiones prolongadas los sábados y todo esto era sospechoso de libertinaje sexual. Así que éramos comunistas y degenerados.

Muy pocos de nosotros pudimos seguir trabajando con grupos. Yo para el '78 - '79 tomé los grupos de un colega que tuvo que escapar al exilio, haciendo unas cuantas sesiones con estos pacientes para derivarlos, para contenerlos un poco. Luego recién en el '83 retomo el trabajo con grupos. Y la multiplicación dramática como forma de trabajo fuerte, parte de tu caja de herramientas cotidianas como decimos los grupalistas, es a partir del '84 - '85.

L.N.: -¿De qué manera hay una discusión no saldada, qué problemáticas ligadas a la represión y a la dictadura surgieron en las Jornadas de grupos de la Cátedra?

-Vos fijate que cuando empezamos con estas jornadas, allá por el '85 surgía mucho más, surgía el tema de los desaparecidos. Era algo muy explícito y después con el correr de los años eso fue bajando en presencia, pero siempre, en algún grupo, en algún taller, en algún momento surge, y creo que es por lo que vos decís, por un lado discusiones no saldadas; por otro, en una sociedad que en general no escucha esta problemática, mirá la decadencia en importancia que tienen los DDHH. Bueno, ganó Graciela Fernández Meijide, no?, va en contra de lo que estoy diciendo. Pero lo que no escuchado vuelve y vuelve como "ritornello". Como que no se puede zafar de esa situación. Y también porque, bueno; la sociedad, aunque no de un modo homogéneo, irá creando los propios relatos de esta memoria colectiva, que está todavía como muy fraccionada, muy fragmentada.

L.N.: -Dentro de esa "caja de herramientas", el psicodrama ¿es viable para la psicosis?

-Sí, claro que sí. Yo personalmente no he trabajado con psicóticos, pero por ejemplo Bernardo Kononovich, que es un colega hoy presidente del CIAP, que es una Institución muy tradicional de psicólogos, tiene una larga experiencia de psicodrama con psicóticos. Algunos lacanianos de la línea de Lemoine han trabajado en el mismo sentido. Hay mucho por hacer en ese terreno.